

ECOS

Órgano del Instituto de Historia de la UASD

Año XX, volumen MCDLXII, No. 12

Enero - julio de 2013

Gaspar Polanco y el despojo de su rol protagónico en la Guerra Restauradora

*Santiago Castro Ventura*¹

RESUMEN

Este trabajo se propone evaluar objetivamente la dirección político-militar del Gobierno Restaurador y reivindicar el papel protagónico que correspondió a Gaspar Polanco, rol histórico del que ha sido despojado injustamente por la coyuntura que le llevó a ordenar el fusilamiento de Pepillo Salcedo, a quien todos los indicios documentales ubican en connivencia con el enemigo, este nunca negó sus intenciones de entregar el poder a Buenaventura Báez, quien ya ocupaba el cargo de mariscal de campo del ejército español.

This paper proposes to objectively assess the political and military leadership of restorer government, claiming the lead role that corresponded to Gaspar Polanco, historic role that has been unjustly deprived by the situation that led him to order the execution of Pepillo Salcedo, whom every documentary evidenced him in collusion with the enemy. He never

¹ Médico egresado de la UASD, profesor de Medicina e Historia de la UASD y UNIBE. Con Postgrado en Pediatría en el Hospital Robert Reid Cabral. Egresado de la Maestría en Historia de la UASD. Miembro correspondiente de la Academia Dominicana de la Historia. Actualmente coordina la Cátedra Gregorio Luperón de la Facultad de Humanidades de la UASD.

denied his intention to hand power to Buenaventura Baez who already held the position of field Marshal of the Spanish army. CARTRO VENTURA

La historiografía tradicional ha desterrado del Olimpo de la historia dominicana al generalísimo Gaspar Polanco imputándole entre otros cargos analfabetismo y el asesinato de Pepillo Salcedo. En primer lugar habría que preguntar: ¿Cuál era el *staff* de los generales intelectuales? Con muy pocas excepciones –Duarte, Luperón, Rodríguez Objío, Eusebio Puello, Sánchez y Cabral– la mayoría de los generales eran iletrados o escasamente instruidos, entre otros: Santana, Monción, Hungría. Los promotores de este cargo contra Polanco fueron los oficiales españoles, como se puede colegir de los libros de González Tablas y López Morillo.² En realidad el déficit educativo era una cualidad común en una comunidad donde predominaban los analfabetos. En lo relacionado al fusilamiento de Pepillo Salcedo trataremos de explicar las causas de esta drástica, aflictiva, pero ineludible medida. Lo central de este trabajo es coadyuvar a reconocer los méritos insoslayables de Polanco, personalidad principal de la Guerra Restauradora como lo sentenció Gregorio Luperón.

La insurrección iniciada en Capotillo el 16 de agosto de 1863 se transformó en una verdadera guerra popular, la gente sencilla del pueblo se levantó en armas para evitar que fuese sepultada la República por los intereses bastardos que siempre han amenazado su existencia. Ulises Francisco Espaillat, desde la heroica Santiago en armas definió este contenido histórico al diferenciarla con la Revolución de Julio de 1857, enunciando que en esta jornada lo primordial fue la

² El capitán español Ramón González Tablas anotó: “Para general en jefe de las operaciones militares se eligió al mulato Gaspar Polanco, que si bien no sabía leer ni escribir, estaba deseoso de títulos y pompa [...]”. El general hispano Adriano López Morillo calificó a Polanco de “ambicioso, vulgar e ignorante”. Ramón González Tablas, *Historia de la dominación y última guerra de España en Santo Domingo*, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc., Santo Domingo, 1974, p. 210. Adriano López Morillo, *Memorias sobre la reincorporación de Santo Domingo a España*, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc., Santo Domingo, 1983, tomo II, p. 135, tomo III, p. 111.

hegemonía de las masas sencillas del pueblo que arrastraron consigo a los inteligentes.³ Sin dudas fue el pueblo sencillo, campesino, iletrado, que rindiendo culto al Dios del patriotismo desarrolló el sendero guerrero victorioso. Por eso no fue fortuita la elección como comandante en jefe de un aguerrido general –obviando que fuese iletrado– como las circunstancias demandaban, así lo explicó Luperón tras la reunión del consejo de los principales hombres del movimiento: “[...] conviniéndose entre todos, dar el mando en jefe de las operaciones al General Gaspar Polanco, porque era el único General de la anterior República”.⁴



General Gaspar Polanco.

Se necesitaba experiencia guerrera, no literaria, por eso se entregó el mando al General más experimentado, que precisamente en el pasado reciente había derrotado a los dominicanos en Sabaneta. En las más importantes acciones de guerra quedó inscrito el nombre de Gaspar Polanco, para evidenciar esta verdad histórica realizaremos un sucinto recorrido a través de su agenda patriótica. En los combates iniciales de Guayubín cuando Buceta –Gobernador español de Santiago– acudió con importantes tropas para tratar de aplastar a los insurrectos, allí estaba con su espada fulminante. La emboscada de

³ Emilio Rodríguez Demorizi, *Actos y doctrinas del gobierno de la Restauración*, Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, 1963, p. 77.

⁴ Gregorio Luperón. *Notas autobiográficas y apuntes históricos*. Editorial El Diario, Segunda edición, Santiago, 1939, tomo I, p. 131. Tras el inicio de la anexión, la junta clasificadora de los militares del antiguo ejército dominicano, al evaluar a Polanco le reconoció su grado de general de Brigada asignado a las reservas, tomando en consideración: “Este Gral. cuenta muy buenos servicios en defensa de la independencia de su Patria, cooperó con entusiasmo a la anexión, reúne buenas circunstancias”. Esta relación está contenida en otro informe de octubre de 1863, cuando ya había estallado la guerra, entonces se le añadió un escueto y zahiriente comentario: “[...] reúne buenas circunstancias, ‘pero poca capacidad’”. Emilio Rodríguez Demorizi, *Hojas de servicios del ejército dominicano 1844-1865*, Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, 1976, tomo II, pp. 297, 368.

Guayubín fue una victoria contundente, el general hispano José de la Gándara nos dice que en esta acción: “[...] a Polanco le favoreció la suerte”.

Para De la Gándara este “general analfabeto” solo podía derrotar a los españoles por una errónea partida del “destino”, entendemos esta explicación proveniente de uno de los jefes españoles, lo deplorable es que algunos dominicanos todavía coincidan con estos conceptos. Contrario al comentario de De la Gándara, Polanco tras infligirle la derrota inició la persecución de los remanentes de la columna española, capturando a un grupo de oficiales, veamos la nueva versión de De la Gándara: “[...] un grupo de rebeldes, acaudillado por el sanguinario Polanco acorraló, después de haberlos perseguido, a Alberola, Merino y cuatro o cinco jinetes que les habían seguido sin separarse de ellos”.

Indica que tras un breve diálogo Polanco eliminó al oficial español Alberola:

Polanco, entonces fuera de sí, blandió su machete y con la pasión del asesino, –pues en aquellos momentos sólo era un asesino vulgar y despreciable–, se arrojó sobre él poniendo término sangriento a aquella heroica vida coronada por tan alta prueba de valor y patriotismo.⁵

Esa será la tónica del lenguaje de la soldadesca española contra Polanco: analfabeto, asesino, bandido, ladrón, cobarde [...].

Tras la contundente victoria de Guayubín y comunidades aledañas, los revolucionarios se dirigen a Santiago, principal objetivo político-militar en aquellos momentos. Se arrecian las hostilidades y los anexionistas quedaron encerrados en la Fortaleza San Luis bajo la dirección del general Buceta, con un parque militar muy bueno. El historiador nacional José Gabriel García anotó que luego de las victorias dominicanas en los pueblos fronterizos, enfilaron su rumbo hacia Santiago:

⁵ José de la Gándara, *Anexión y guerra de Santo Domingo*, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc., Santo Domingo, 1975, tomo I, pp. 317-318, 330.

*Envalentonadas con estos triunfos salieron de Quinigua las fuerzas restauradoras, dirigidas por el general Gaspar Polanco, con dirección a Santiago, desplegándose el día 30 como mil hombres en la Sabana, aunque no muy bien armados, mientras que los españoles, mandados por los generales Alfau y Hungría, y por el brigadier Buceta ocupaban el recinto de la plaza resueltos a defenderla palmo a palmo. El choque, como era de esperarse, fue sangriento hasta más no poder, tocándole a ellos la peor parte; pues que desbandada la caballería, que mandaba el capitán Albert, se vieron precisados a retirarse al fuerte San Luis, donde reconcentraron todas las fuerzas, sin abandonar el de Santiago, dejando a los dominicanos dueños de la ciudad, que ocuparon situándose el general Monción en la Cárcel Vieja y los generales Polanco y Pimentel en Los Chachases, desde donde sostenían diariamente repetidos encuentros con las guerrillas y columnas que bajaban de la fortaleza a explorar el campo [...]*⁶

Veamos la versión hispana de este acontecimiento, el general Buceta informaba que ante la inminente entrada a Santiago de Polanco y los insurgentes, salió de la fortaleza con tropas a enfrentarlos:

Marchaba a reconocer el enemigo que no tardó en presentarse a tiro de fusil de las primeras casas; y aunque por el mal orden en que efectuaba su movimiento durante algunos momentos había concebido fundadamente la esperanza de cargarlo con ventajoso resultado, por una mala disposición del Capitán que mandaba el Escuadrón se desvaneció aquella ilusión y conociendo que la resistencia no podría producir resultados ventajosos acorde la retirada que ya no fue posible efectuar sin abandonar la pieza rayada que quedó en poder del enemigo.

Buceta con eufemismo afirmó que la retirada española fue producto de una “mala disposición” de un capitán, tratando de atenuar

⁶ José Gabriel García, *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, Publicaciones Ahora, Santo Domingo, 1968, tomo III, p. 427.

la desbandada de los españoles ante los insurgentes que penetraban a Santiago, los dominicanos tomaron la pieza de artillería abandonada. El oficial español Adriano López Morillo también manifestó su opinión de la reculada de los anexionistas:

Al retroceder el Batallón, la Caballería hácelo en desorden y así sube por los flancos del Fuerte Patria atropellando a la Infantería. Buceta ordena entonces la retirada, que en pocos instantes se convierte en espantosa confusión. No se oyen más que los gritos de ¡Al Fuerte, al Fuerte! y nuestros soldados van mezclados con gentes del pueblo que huyen dando alaridos.⁷

La entrada triunfal de las tropas de Polanco a Santiago se convirtió en un “sálvese quien pueda” para la soldadesca colonial, su alternativa: encerrarse en la Fortaleza San Luis. La situación para los españoles sitiados en el célebre cuartel se tornó desesperante, en cualquier instante se esperaba un ataque de los combatientes restauradores. En Puerto Plata los hispanos habían recibido refuerzos provenientes de Cuba, el general dominicano Juan Suero que le servía al ocupante exótico, le informó al recién llegado coronel Mariano Cappa: “-Coronel, no nos detengamos más y mañana marchemos para Santiago, hay que socorrer a Buceta; ese hombre debe estar muy atracado por Polanco y esa gente”.⁸

Ante la crítica situación de los españoles en Santiago, los refuerzos de Puerto Plata se aprestaban el día 5 de septiembre a marchar hacia esa ciudad para aplastar la revolución en ciernes, con tropas dirigidas por Juan Suero y Mariano Cappa. Pedro M. Archambault en su *Historia de la Restauración* –logró recoger informes directos de diversos combatientes, pero como historiador fue enemigo acérrimo de Polanco– está de acuerdo con Luperón cuando indicó: Polanco ordenó atacar la fortaleza San Luis en la madrugada del histórico 6 de septiembre de 1863, anotó sobre el particular: “Súbitamente en la madrugada del día siguiente, 6 de

⁷ Adriano López Morillo *op. cit.*, tomo II, p. 71.

⁸ *Ibíd.*, p. 74.

septiembre, el generalísimo cambió de parecer sobre la marcha contra Suero, y ordenó de repente el ataque inmediato a la fortaleza San Luis".⁹

Luperón describió la composición de aquel ejército improvisado, pero henchido de coraje patriótico, que hostilizó al enemigo el histórico y olvidado 6 de septiembre:

*Era por demás curioso contemplar aquellas columnas de los patriotas; unos con lanzas, algunos con fusiles antiguos; varios con trabucos de todas las épocas, otros con pistolas de todas las clases, los más con su machete y no pocos con garrotes; pero los revolucionarios habían adquirido el audaz vigor que dan continuas victorias, y con la bravura que inspiran las guerras de independencia, se lanzaban a la lucha con las desventajas de las armas, pero con la indómita intrepidez e inmensa alegría de dar la vida por la patria.*¹⁰

El héroe al evaluar uno de los más intensos instantes del audaz ataque, consignó:

*Las descargas de fusilería y de cañones se hacían a quema ropa, y los sitiados rechazaban a los asaltantes con las puntas de sus bayonetas y con chorros de metralla; a Buceta se le vio en todos los puntos más amenazados, y su tropa se defendió con magnífico heroísmo.*¹¹

Con sinceridad reconoce el valor de las tropas enemigas. Varias veces los dominicanos intentaron tomar por asalto la Fortaleza San Luis. Archambault apuntó:

Siendo las once de la mañana vino un expreso donde el general Gaspar Polanco, que se encontraba en la esquina de las calles La

⁹ *Ibid.*, p. 133. Pedro M. Archambault, *Historia de la Restauración*, 2^{da} edición, Editora Taller, Santo Domingo, 1973, p. 104.

¹⁰ G. Luperón, *op. cit.*, p. 134.

¹¹ *Ibidem.*

Barranca -27 de Febrero- y Cuesta Blanca -Duarte-. Se le avisaba que la columna de Suero y Cappa se encontraba por el arroyo de Jacagua, camino de Palmar, próximo a entrar a Santiago.

Destacó que Gaspar Polanco supuestamente sentenció: “Le tengo a suero guardado el as del triunfo”.

Acentuó Archambault que el “as del triunfo” al que se refería Polanco era el incendio de Santiago, actividad esta que insistió en achacársela al héroe pese a las evidencias que incriminan a Buceta.¹² En medio de los combates se informa la inminente entrada a la ciudad de las tropas españolas que avanzaban atropelladamente desde Puerto Plata. Manuel Rodríguez Objío, quien luego se integraría como combatiente, en su fundamental relato de los acontecimientos refiere que en medio de los intentos de tomar la Fortaleza:

Ordenó entonces el General en Jefe dar fuego a una pequeña casa contigua a la Ciudadela, para aterrar a los sitiados, y provocar un incendio en el interior de la Ciudadela. Así aconteció: varios almacenes volaron. Buceta rugía desesperado y la victoria hubiera sido del patriotismo sin la energía de los jefes de las Reservas que sostuvieron desde ese instante el combate. La operación del General en Jefe provocó a los españoles a operar el incendio de la ciudad, y al acto comenzaron a llover balas encendidas y camisas embreadas sobre las casas, y en pocos momentos aquella preciosa y rica población era un verdadero volcán. El General Polanco fue en ese instante advertido de que Suero se hallaba a dos millas del teatro de la lucha, ordena la retirada y vuelve a hacer frente a aquella invasión.¹³

Benito Monción en su relación histórica *De Capotillo a Santiago*, describió la muy importante decisión:

¹² P. M. Archambault, *op. cit.*, p. 106.

¹³ Manuel Rodríguez Objío, *Gregorio Luperón e Historia de la Restauración*, Editorial El Diario. Santiago, 1939, tomo I, p. 64.

La confusión era grande aquel día. En tanto que nos batíamos desesperadamente en la sabana, ardía Santiago, a causa de haber mandado el General Gaspar Polanco dar fuego a una casa situada en la parte arriba del Fuerte San Luis, para que las llamas y el humo perjudicaran a los españoles en toda la población debido al mucho viento que estaba soplando; pero también pegaron fuego del lado de Los Chachases. Ignoró quien fuese; sí sé que el encargado de darlo, según la orden de Gaspar, fue un borrachín de Licey llamado Juan Burgos.¹⁴

La determinación fue incendiar una casa que por su ubicación les restaba visibilidad a las tropas españolas acantonadas en la Fortaleza, esto fue de vital trascendencia, Polanco dejó un pequeño grupo entreteniéndolo a los españoles y se retiró con el grueso de los combatientes a enfrentar las tropas que arribaban desde Puerto Plata. La salida de los españoles desde la fortaleza unida al ímpetu de los refuerzos hubiese sido mortal para la revolución, que en esos momentos tenía reunida allí a todas sus fuerzas expuestas a sucumbir en medio de una operación de pinzas hacia sus flancos. Los dominicanos quedarían envueltos en dos frentes –a nivel popular definido como la arepa con candela por arriba y abajo– una posición indefendible. La acción de pinzas fue frustrada por la pericia guerrera de Polanco que abortó la salida de los españoles desde la fortaleza, con una hábil táctica de distracción. Es incierto que Polanco ordenara quemar la ciudad, como aclararon Rodríguez Objío y Benito Monción, se dispuso el incendio de una sola vivienda. Quien ordenó convertir en llamas la ciudad fue el comandante Buceta, esta versión quedó recogida para la historia por muchos dominicanos que se encontraban retenidos como rehenes en la fortaleza y después hicieron una declaratoria de los sucesos.¹⁵ Lo cierto es que las tropas de Suero y Cappa solo atinaron a abrir una brecha para llegar a la fortaleza y tratar de rescatar a sus compañeros que creían la fortaleza había sido

¹⁴ Benito Monción, "De Capotillo a Santiago", *Clío*, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, C. T., 1948, No. 81, p. 37.

¹⁵ E. Rodríguez Demorizi, *op. cit.*, pp. 45-62.

tomada por los dominicanos. José Gabriel García –estaba en Santo Domingo pero luego fue cronista de la guerra– nos dice que Polanco y sus combatientes sostuvieron:

*[...] sangriento combate con las tropas de Cappa, que marchaban en columnas cerradas con las reservas mandadas por Suero a la vanguardia, seguidas primero por el batallón de Cazadores de Isabel II y después por los de la Corona, Puerto Rico y Cuba, con la artillería al flanco derecho. La acción, que fue sostenida con denuedo por los reductos Dios, Patria y Libertad, duró por espacio de tres horas; y aunque Luperón voló en auxilio de Polanco, renovando el combate con encarnizamiento, los españoles lograron, aunque a costa de muchas pérdidas, abrirse paso y penetrar en la plaza hasta posesionarse de la iglesia, que no se había quemado, donde hicieron firme mientras se calmaba el incendio y podían comunicarse con el fuerte, pues las llamas hacían imposible cualquiera operación y los contendientes no podían hostilizarse sin peligros [...]*¹⁶

Tras penetrar los refuerzos a la fortaleza, la situación se tornó favorable para los dominicanos desde el ámbito de la guerra de movimiento, entonces el enemigo no podría aislarlos entre dos fuegos. Las bajas fueron cuantiosas para ambos bandos. Archambault siempre prejuiciado con Polanco, atribuyó a la “providencia” que los españoles no lograran tomar entre dos fuegos a los dominicanos:

Visiblemente la Providencia estaba con la noble causa dominicana, pues habría estado de nuevo comprometida la suerte de la justa Revolución restauradora si, a la guarnición de Santiago fuerte ya de 2,500 hombres se hubiera unido este nuevo contingente de otros 2,500 de tropa fresca y bien aprovisionada. Frente a los 8,000 hombres de la Revolución, héroes pero casi desarmados, no habría podido resistirse el empuje de 5,000 de aquellos espartanos españoles. Por eso el dedo de la augusta Providencia más que

¹⁶ J. Gabriel García, *op. cit.*, p. 433.

*las armas revolucionarias, anuló fácilmente el magno esfuerzo de Primo de Rivera.*¹⁷

Archambault aunque conoció muy bien la estrategia utilizada por Polanco para bloquear el operativo en pinza, ignoró la decisión y la atribuyó de modo reiterado a la “providencia”. Desde el ámbito español el capitán Manuel González Tablas relató cómo desperdiciaron los anexionistas la oportunidad de la susodicha operación que pudo ser el jaque mate dominicano, estableciendo que las tropas en marcha desde Puerto Plata vislumbraron una columna de humo: “Entonces se creyó cuanto se había presagiado: el pueblo ardía y la guarnición sostenía una encarnizada lucha”.

Agregando que ante el ímpetu de los disparos: “[...] todo anunciaba, en fin, el peligro gravísimo que corría la guarnición”.¹⁸

Confirmó que las tropas hispanas que llegaron a Santiago pensaron que estaba ocurriendo el final de las tropas acantonadas en el fuerte de San Luis. Tras el contacto de las tropas anexionistas en la fortaleza, González Tablas refirió: “Muy numerosa y muy sensibles pérdidas sufrió la columna en este memorable combate”.¹⁹

El coronel Mariano Cappa, jefe de las fuerzas que penetraron a Santiago, en un parte militar deploraba que no se pudo coordinar la salida de las tropas de la fortaleza para tomar a los dominicanos en dos frentes de avanzada:

*Lástima es, Excmo. Señor, que la guarnición del fuerte de San Luis ignorase, según me ha asegurado el comandante general -Buceta- mi ataque a la población de Santiago, porque de haber tenido conocimiento oportuno y dispuesto la salida de seis ò setecientos hombres de los 1,200 de que constaba aquella guarnición, podía haber terminado el día 6 la guerra, puesto que el enemigo tenía todas sus fuerzas reunidas sobre aquel puesto.*²⁰

¹⁷ P. M. Archambault, *op. cit.*, p. 114.

¹⁸ R. González Tablas, *op. cit.*, p. 142.

¹⁹ *Ibid.*, p. 143.

²⁰ J. de la Gándara, *op. cit.*, p. 366.

El general Buceta reiteró que ellos, desde la Fortaleza San Luis, no se percataron de la llegada de refuerzos:

La columna que desde Puerto Plata conducía el señor coronel D. Mariano Cappa, para cuya llegada había tenido que sostener en la entrada de Santiago recio combate con una fuerza enemiga que aquel entendido jefe y sus subalternos aprecian en cinco mil hombres, de cuyo encuentro, por el ruido producido por el incendio y el humo nada advirtió la guarnición.²¹

Como era lógico suponer Buceta atribuyó el fuego a los dominicanos, admitió no percibieron la llegada de los refuerzos, redonda señalar que la ignorancia de la oficialidad hispana fue por la rápida y efectiva táctica de distracción ordenada por Polanco. Rodríguez Objío discurrió en torno a un elemento cardinal, a la enorme escasez de armas y municiones de los combatientes dominicanos:

La pólvora que había faltado el seis, llegó en cantidad suficiente conducida al siguiente día por Pimentel, que había ido en solicitud de ese material hasta la frontera de Haití; pero los fusiles eran pocos y de malísima condición.²²

Gregorio Luperón refirió cuál era la situación de los españoles encerrados en la fortaleza al día siguiente, el 7 de septiembre:

Cuando amaneció, los sitiados pudieron ver que lo estaban rigurosamente, porque ni siquiera el agua podían coger en el Yaque. Con la mayor sagacidad e infatigable energía acabábase de asegurar la victoria de la patria y de la restauración de la República.²³

Alejandro Angulo Guridi, intelectual dominicano al servicio de los españoles en Santiago, pero que luego se integró a los restaurado-

²¹ *Ibíd*, p. 362.

²² M. Rodríguez Objío, *op. cit.*, p. 66.

²³ G. Luperón, *op. cit.*, p. 139.

res, presenció la batalla desde la Fortaleza San Luis, en su opúsculo *Santo Domingo y España* explica el desarrollo de los acontecimientos:

El domingo 6 de Septiembre por la mañana atacaron en gran número –de 3,000 a 4,000 hombres– el castillo San Luis, dirigiéndole un fuego de fusilería tan constante y nutrido que si de resultas de él no murieron todos los españoles fue porque se defendían detrás de unos parapetos que les llegaban a los hombros. Además el asalto era muy difícil, porque Buceta había hecho abrir zanjas muy anchas y profundas alrededor del castillo [...]

En otro párrafo Angulo Guridi acentúa que:

El ataque duró dos horas y cuarto, y cuando concluyó hizo Buceta pegarle fuego a la ciudad para que los patriotas no volvieran a parapetarse tras y entre las casas como lo hacían diariamente para asediar al San Luis. El incendio fue horrible, pues como reinaba un viento; este era muy fuerte, en un momento cogieron fuego todos los edificios de Santiago: Por la noche ya no había más que escombros y cenizas.²⁴

Los dominicanos que al resistir la embestida española habían triunfado el día 6, lo hicieron con un parque militar no sólo obsoleto, sino exiguo. Los combates se extendieron hasta el día 13 cuando los españoles utilizaron la estratagema de enviar varios comisionados para supuestamente negociar, mientras se preparaban para tratar de escapar hacia Puerto Plata. En esta ocasión interviene Pepillo Salcedo oponiéndose al apresamiento de los comisionados españoles, según lo admite su apologista Pedro M. Archambault.²⁵ El coronel español José Velasco que fue capturado por los restauradores, luego en una declaración afirmó que Salcedo ordenó al comandante José Miguel Reyes hacer fuego a los que intentaran atentar contra los prisioneros

²⁴ E. Rodríguez Demorizi, *Antecedentes de la anexión a España*, Academia Dominicana de la Historia, C. T., 1955, pp. 368-369.

²⁵ P. M. Archambault, *op. cit.*, p. 117.

españoles.²⁶ La Gándara comentó en su libro que la energía de Salcedo evitó el asesinato de 200 heridos de los españoles.²⁷ Pepillo Salcedo fue tejiendo una atmósfera suspicaz en torno a sus designios.

Los anexionistas iniciaron una accidentada retirada hacia Puerto Plata, perseguidos por las tropas dominicanas al mando de Gaspar Polanco. González Tablas refirió que tras la llegada a Puerto Plata: “Cuando se pasó lista, se vio que aquella desastrosa retirada había costado mil hombres entre muertos, heridos y extraviados”.²⁸

Archambault se vio precisado a reconocer el protagonismo de Polanco en la persecución de las tropas españolas que se retiraban hacia Puerto Plata, puntualizó que en las zonas del Carril y el Limón prepararon importantes emboscadas contra el enemigo, mientras Monción y Pimentel los empujaban entre los montes:

*A las nueve de la mañana rompió la guerrilla de Polanco por vanguardia con una terrible descarga y aprovechando las ventajas de la topografía y la inexperiencia de los españoles en la guerra de bosques, ofreció una resistencia mortífera al avance de la columna [...]*²⁹

Benito Monción también destacó la pericia de Polanco en la emboscada del Carril:

*Dispuso el General Gaspar Polanco organizar una columna, como de trescientos hombres, que por camino de travesía pasara delante de la española y se situara en el ventajoso punto del Carril. El mismo Gaspar Polanco se puso a la cabeza. La columna enemiga levantó la marcha de madrugada y a poco andar llegó donde estaba apostada la nuestra; el encuentro le fue costoso; para nosotros no, por la ventaja de la posición.*³⁰

²⁶ R. González Tablas, *op. cit.*, p. 150.

²⁷ J. de la Gándara, *op. cit.*, tomo I, p. 376.

²⁸ R. González Tablas, *op. cit.*, p. 159.

²⁹ P. M. Archambault, *op. cit.*, p. 126.

³⁰ G. Luperón, *op. cit.*, p. 154.

Luperón recogió para la historia los acontecimientos de la retirada española hacia Puerto Plata:

[...] donde el General Gaspar Polanco se había ido a poner de emboscada, mientras que Monción y Pimentel perseguían con tesón las columnas, hostigándolas hasta encontrarse con las tropas del General Polanco.

El cuadro fue espantoso; de cada árbol y de cada roca, a la vuelta de cada maleza, y en la entrada de cada vereda; en la boca de cada camino, a cada paso de las cañadas y del arroyo Las Lavas, que serpentea en un espacio de más de cinco millas en el camino real, y en cada encrucijada, le disparaban los patriotas descargas a quemarropa, saltando luego al arma blanca, derribando de tal modo, pelotones de soldados españoles que se defendían con verdadera heroicidad y desesperación, hasta que a los cuatro días de incesante lucha lograron entrar en Puerto Plata, dejando en todo el camino, muchos cadáveres, heridos y un sinnúmero de prisioneros.³¹

Ramón González Tablas al describir las vicisitudes de las tropas españolas en su repliegue hacia Puerto Plata, indicó en relación a la emboscada:

Poco antes de llegar a la cuesta de San Marcos había un terrible barranco rodeado de elevadas alturas. Por él era indispensable pasar y, para impedirlo, el enemigo había construido una formidable trinchera que todos los esfuerzos humanos no bastaron a destruir. Esto obligó a que bajo el fuego y por entre el bosque, se tuviera que abrir un camino que salvara el obstáculo, lo que se consiguió después de tres horas de trabajo durante el cual se sostuvo el combate a pie firme[...]³²

Afirmó el militar español que las tropas en su retirada apresurada al lograr alcanzar la meta que era Puerto Plata: “Cuando se pasó lista,

³¹ B. Monción. *op. cit.*, p. 38.

³² M. González Tablas, *op. cit.*, p. 159.

se vio que aquella desastrosa retirada había costado mil hombres entre muertos, heridos y extraviados”.³³

El oficial Adriano López Morillo se quejaba amargamente del retraimiento colonial de Santiago e imputaba a Buceta esta decisión, soslayando que la ciudad se había tornado indefendible para los anexionistas, miles de hombres cercados sin posibilidades de obtener vituallas, lo que podría originar una gran hambruna entre las tropas y además era incierta la posibilidad del envío de nuevos refuerzos. López Morillo –quedó como prisionero de guerra– anotó para la historia: “El abandono de Santiago levantó el espíritu en el campo rebelde y sólo a Buceta podemos culpar de este resultado, porque sólo él es el único responsable moral y legal de aquel hecho”.³⁴

José de la Gándara en su labor de cronista colonial de la guerra, refirió que las tropas que dirigía Santana con el propósito de llegar al Cibao, acantonadas en Guanuma recibieron de modo traumático el descalabro colonial de Santiago: “Hacia los últimos días de Septiembre llegó al campamento de Guanuma la noticia del abandono de Santiago por Buceta, produciendo el mal efecto que era de esperar. No menos lo produjo en Santo Domingo”.³⁵

La derrota colonial de Santiago no obstante la superioridad de sus recursos bélicos les resultaba insólita. La heroica ciudad cibaëña se constituyó en el bastión de la Guerra Restauradora y fue designada capital de la República en armas. Los insurgentes regocijados por su victoria, en sus campamentos entonaban la siguiente copla:

*Santiagueros y veganos
suban la loma colorá
porque ya pasó Buceta
sin saber pa donde ba.*³⁶

³³ *Ibíd.*

³⁴ P. M. Archambault, *op. cit.*, p. 122.

³⁵ J. de la Gándara, *op. cit.*, tomo II, p. 43.

³⁶ E. Rodríguez Demorizi, *Santana y los poetas de su tiempo*, Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, 1969, p. 315.

Mientras los principales líderes militares –Polanco, Luperón, Monción y Pimentel– perseguían a los españoles en su retirada a Puerto Plata, Pepillo Salcedo permanece en Santiago, organiza una reunión y se auto-proclama Presidente de la República en Armas. Archambault refirió que fue electo “Por unánime acuerdo”.³⁷ Este “unánime acuerdo” se desarrollaba a espaldas de los principales jefes militares que en esos momentos perseguían a los españoles. Es insólito suponer que este “unánime acuerdo” no podía incluir a los hombres de armas, que en esos instantes constituían el ente esencial de la República en armas. Esto provocó graves dificultades, que fueron declinadas para evitar disensiones en la nueva República y a regañadientes fue aceptado el impuesto régimen de Salcedo. Al evaluar la imprudente actitud de Salcedo auto-nombrándose presidente de la República, el ilustre historiador Alcides García Lluberes comentó para la historia:

Si el Presidente de la República en la Restauración, había de elegirse en la clase militar, nadie debió preceder en tan alto puesto a su Generalísimo: Gaspar Polanco. Pero mientras este intrépido guerrero patriota, movido por el sagrado cumplimiento del deber y obedeciendo los ínsitos impulsos de su predestinación para salvar su pueblo en los campos de batalla, “se batía como pantera” en la persecución del pujante y peligroso enemigo que iba a establecer una temible base de operaciones en Puerto Plata, el ambicioso, taimado y espurio baecista Salcedo –este último carácter le inhabilitaba para la proceridad–, se quedó cabildeando entre el zinc retorcido y los negros cascotes de la destruida ciudad de Santiago, y se hizo elegir Presidente de un Gobierno Provisional el 14 de septiembre de 1863.³⁸

Se debe calificar de indelicada la apresurada autodesignación presidencial de Salcedo, obviamente se realizó en esas circunstancias para

³⁷ A. López Morillo, *op. cit.*, tomo II, pp. 234-235.

³⁸ Alcides García Lluberes, *Duarte y otros temas*, Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, 1971, pp. 440-441.

presentar el “hecho cumplido” como realmente discurrió. Gregorio Luperón en sus *Notas Autobiográficas* anotó la repulsa que produjo el autonombramiento de Salcedo:

*[...] no porque fuera opuesto a la inauguración de un Gobierno Provisorio que formalizara las operaciones de la revolución, sino porque no creía que el General Salcedo tenía para esa inauguración el consentimiento de los principales hombres, que eran Monción, Pimentel, Santiago Rodríguez, Ignacio Reyes, Gaspar Polanco y el mismo que hablaba.*³⁹

Se trata de un razonamiento lógico, en aquellos instantes los poderes del movimiento insurgente dependían de sus hombres de armas y para tomar una decisión tan delicada como escoger un mandatario estos no podían ser soslayados, como ocurrió. Luperón indicó que en aquellos momentos cruciales, Salcedo de modo osado le propuso: “[...] que mandaran a buscar al General Buenaventura Báez, que a la sazón se encontraba en Europa, disfrutando de su título de Mariscal de Campo español”.⁴⁰

Desde muy temprano el Presidente insistiría en la entrega del poder a Báez, que todos conocían estaba con el enemigo. No es fortuito que la oficialidad española siempre promovió a Salcedo como el bueno y a Polanco como el “malo”. Veamos como calificó el oficial español López Morillo la actitud de Salcedo en aquellos momentos que según su versión la insurrección supuestamente estaba derrotada: “La intrepidez de Pepillo y su vivacidad de carácter fueron el alma de aquella rápida reacción en momentos en que todos juzgaban vencida la rebelión”.

Para luego añadir:

Durante el cerco de Santiago había Salcedo ganado la simpatía de la mayoría de los rebeldes y de hecho era el centro de la vida de los insurrectos. Si Salcedo hubiera querido suplantar a Polanco, nada

³⁹ G. Luperón, *op. cit.*, p. 149.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 147.

*más fácil, pero su noble corazón no albergaba más que entusiasmo por la patria dominicana y la más natural modestia.*⁴¹

¿Por qué esta inusitada e inescrutable lisonja a un jefe rebelde? Mientras Polanco perseguía a los españoles rumbo a Puerto Plata el susodicho oficial –se reitera quedó prisionero de los dominicanos– indicó que supuestamente los rebeldes: “[...] preguntaban por Polanco y alguno hubo que dijo –qué bien juye”.⁴²

Esa era la versión española y será reiterativa, la apología para Salcedo y el denuedo hacia Polanco. Ya hemos observado la opinión de los dominicanos manifestando la valiente actitud de Polanco durante la persecución del enemigo en su retirada hacia Puerto Plata. Él representaba el elemento hostil más aguerrido y era lógico que lo describieran carente de toda virtud. Precisamente correspondió a Gaspar Polanco encabezar las tropas que tenían el propósito de impedir el avance español desde Puerto Plata a Santiago, en situaciones muy precarias por la permanente escasez de armas, municiones y todo material de apoyo alusivo a las acciones de guerra. El *Diario de Puerto Plata* producido por oficiales españoles durante el asedio a esa ciudad, resaltaba el 3 de noviembre de 1863 que tras una breve negociación observaron las condiciones de las fuerzas dirigidas por Polanco: “La tropa enemiga iba muy suciamente vestida, llevaba armamento muy descuidado, y en lo general de chispa, no todos tenían armas de fuego, pero si largas espadas o machetes del país[...].”⁴³

Esta descripción emitida por oficiales adversarios nos explica el gran espíritu de combatividad que manifestaba aquella tropa humilde, mal armada, mal vestida, pero con un arrojo imperturbable que estaba lista para cortar el camino a las huestes coloniales muy bien abastecidas desde Santiago de Cuba. Un oficio del gobierno Restaurador del 25 de septiembre confirma las precariedades de las fuerzas

⁴¹ A. López Morillo, *op. cit.*, pp. 136-137.

⁴² *Ibíd.*, p. 142.

⁴³ E. Rodríguez Demorizi, *Diarios de la Guerra Dominico-Española de 1863-1865*, Homenaje de las Fuerzas Armadas, Editora del Caribe, C. por A., Santo Domingo, 1963, p. 386.

de Polanco, se le enviaban 400 paquetes de pertrechos –no se describen– y se solicitaba que retirara a los hombres que no tenían armas, añadiendo: “Es tan poca la pólvora que se ha conseguido de donde se mandó a buscar que puede llegar el caso de faltar completamente”.⁴⁴

Es decir, que el mal augurio marcaba la estadía de aquel importante contingente que estaba frente al enemigo. No obstante, este punto fue retenido por los dominicanos al mando del aguerrido general en medio de todas las precariedades para su abastecimiento. Veamos como Luperón definió la dirección militar de Polanco en Puerto Plata: “Gaspar Polanco sostenía el sitio de la fortaleza de Puerto Plata con imponderable valentía”.⁴⁵

El propio general José de la Gándara –último gobernador español de la colonia dominicana– se vio precisado a admitir la eficacia de la resistencia de Polanco y sus tropas en Puerto Plata:

*Pero sus sitiadores no habían sufrido en todo aquel año un revés de consideración, y su jefe Polanco, el más sanguinario y revoltoso de los cabecillas dominicanos, sobre jactarse de no haber sido nunca vencido, se imponía al mismo Gobierno revolucionario y desarrollaba en toda la comarca su espíritu rebelde.*⁴⁶

El ilustre combatiente restaurador Manuel Rodríguez Objío comentó en torno a la calificación de los servicios de Polanco en Puerto Plata:

⁴⁴ A. García Llubes, “Archivo de la Restauración”, *Clío*, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, C. T., 1957. Núm. 112, p. 513. Contrario al precario abastecimiento de material bélico que recibió Polanco, la Gándara anotó en su diario que el 2 de octubre llegó a Puerto Plata el barco “Velasco” y entre los auxilios bélicos para los españoles entregó: “[...] 25 mil cartuchos para carabinas del 51; 34,000 del 55; 16,000 del 57; y 25,000 para fusil belga del 59; total 100,000 cartuchos [...]”. El depósito incluía medicamentos y 60,000 raciones. Al comparar este imponente parque con el muy exiguo recibido por Polanco, podemos imaginarnos como debió ingeniársela para trazar la estrategia de impedir la salida desde Puerto Plata de los anexionistas. Dentro de las constantes escaramuzas en esta zona de guerra Polanco fue herido el 20 de febrero de 1864. E. Rodríguez Demorizi, *op. cit.*, p. 274. A. García Llubes, *op. cit.*, Núm. 115, p. 223.

⁴⁵ G. Luperón, *op. cit.*, p. 205.

⁴⁶ J. de la Gándara, *op. cit.*, tomo II, p. 308.

[...] en su calidad de buen patriota, organizó los cantones de Puerto Plata, que circunvalaban el fuerte de San Felipe, donde se habían concentrado los españoles. Gaspar fue desde entonces el gigante del Norte, que rodeado y secundado por los Generales Benito Monción, Tolentino, Medrano, Lafí y otros mantuvo a raya las invasiones que intentó el enemigo durante su permanencia en aquel punto. Fue este periodo de diez y ocho meses, al cabo de los cuales ocupó como se verá más tarde la Presidencia del provisorio.⁴⁷

Entretanto persistían las suspicacias en torno a la fidelidad revolucionaria del presidente Salcedo, su actitud evidenciaba genuflexión frente al enemigo y además no escatimaba su adhesión al mariscal del ejército español, Buenaventura Báez. Luperón nos dice en torno a su actitud en el curso de la guerra:

Era proverbial la creencia en todos los campamentos, de que la mayor parte de los que andaban con el Presidente eran españolizados y espiones de los españoles, y, el Presidente no lo ignoraba; pero no se inquietaba por ello. Así es que cuando llegaba a un cantón, la tropa principiaba con la mayor presteza a preparar sus mochilas, liando todos sus cachivaches, porque esperaba muy pronto la derrota.⁴⁸

En octubre de 1863 el presidente Salcedo en persona decide reemplazar a Luperón quien dirigía las tropas que en las zonas aledañas a Monte Plata batían al enemigo. Rodríguez Objío explica que Luperón lo presentó ante las tropas que se resistían a acatar su mando, entonces:

Luperón quiso reprimir la insubordinación de los soldados y se avanzó hacia ellos arengándoles, entonces Salcedo, fuera de sí, se lanzó hacia nuestro general patriota, diciendo: "que aquel era un escándalo preparado de antemano". Tamaña injuria encendió el furor de Luperón, y sin la injerencia de los que le rodeaban, esos

⁴⁷ M. Rodríguez Objío, *op. cit.*, p. 76.

⁴⁸ G. Luperón, *op. cit.*, p. 229.

*dos soldados de la libertad se habrían sacrificado recíprocamente el uno lleno de dolor y de indignación justísima y el otro henchido de celos azuzados por mano criminal.*⁴⁹

Finalmente Luperón propició entregarle el mando a Salcedo, en comunicación privada le participaba a Benito Monción, que tras la orden: "Descubro en este acto desconfianza o envidia, y a no ser porque la salud de nuestra Patria pelagra, habríame alejado de aquí y producido de este modo una gran deserción".⁵⁰

En enero de 1864 los dominicanos acantonados en Arroyo Bermejo fueron atacados por los españoles, Luperón refirió que:

*Llegado a Bermejo bajo la lluvia de descargas que nos hacía el enemigo, me informó un Capitán de cazadores, que el Presidente y toda la tropa se habían retirado al Sillón. En esta situación resolví hacer firme en aquella posición con la escasísima gente que me acompañaba, dispuesto a hacerme matar, antes que abandonar aquella llave de nuestras provincias del Norte.*⁵¹

Ante el ataque del enemigo el presidente Salcedo que comandaba las tropas de la zona decidió retirarse precipitadamente con sus tropas al Sillón de la Viuda, obviando que el objetivo de mantener esas posiciones era impedir el ingreso de los refuerzos españoles al Cibao. El Presidente, tras el fracaso de su aventura militar, regresó a Santiago. En agosto de 1864 los patriotas se aprestaban a atacar al enemigo, pero el Presidente acantonado en Guayubín frustró un ataque alegando que esperaba un armamento para ordenar la acción, las armas no llegaron.⁵²

Los españoles se jactaban de infiltrar espías en las fuerzas dominicanas desde principio de la guerra. En octubre de 1863 Pedro Francisco Bonó recibía un informe de la coordinadora política guber-

⁴⁹ M. Rodríguez Objío, *op. cit.*, pp. 99-100.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 100.

⁵¹ *Ibid.*, p. 149.

⁵² *Ibid.*, p. 182.

namental –dirigida por Ulises Francisco Espaillat en Santiago– advirtiéndole tener presente que los españoles desarrollaban una labor de sonsaca:

Con el objeto de curar de raíz el mal de la sonsaca que tan cerca ha estado de perder la Patria, V. se servirá ordenar a toda persona sospechosa de esa Provincia se presente en el término más breve posible ante esta Superioridad; no olvide al Pedro P. Soto de Cervicos que nos ha sido indicado como muy sospechoso, este fuera bueno que lo despachara sin pérdida de tiempo para ésta. También nos han dicho algo de Valverde; pero con este V. obrará como su prudencia le aconseje.

En otra comunicación dirigida a Julián Belisario Curiel, el 21 de octubre, le indicaba tener cuidado con espías que salían de las líneas españolas, le informaban que en Santiago también enfrentaban el asunto de los infiltrados españoles:

Aquí mismo hemos tenido que luchar con el influjo de los esbirros, o espías internos que como V. sabe es la vieja política de Santana tanto en las filas como en los pueblos. Por denuncia de varios habladores hemos tenido que arrestar a algunos entre ellos al Señor Manuel Ma. Grullón y Dr. Prieto; a este último se la ha dado su pasaporte para Haití.

Prieto era un médico español que permaneció en Santiago –a cargo de los heridos hispanos– y se le permitió ejercer su profesión, pero aprovechó junto al practicante de medicina Trujillo Monagas –abuelo de Rafael Trujillo– para dedicarse a buscar adeptos para un intento de conspiración pro española desde Santiago. A Bonó –que estaba en San Francisco de Macorís–, le envían otro oficio el día 25, destacando que se sospechaba una conspiración pro-española: “Se asegura que está en ella el Sr. Laureano Vásquez en Hatillo, padre del Comandante de Armas del Cotuí, averíguelo con tiempo. Se han mandado a buscar a La Vega los

Sres. Tomás Villanueva y Tomás Castillo y Jaque que también se tiene por desafecto”.

Los intentos anexionistas de infiltrar las fuerzas dominicanas con fines conspirativos fueron constantes. Al propio presidente Salcedo –que estaba en campaña– le aconsejaban el 9 de noviembre: “Tenga mucho cuidado con la diseminación en esos Cantones de una proclama impresa del nuevo Capitán General Don. Carlos de Vargas concebidas en términos muy comunes y seductores para desmoralizar las tropas”.

Al Presidente tenían que informarle que se estaba distribuyendo una proclama del nuevo Capitán general español entre los integrantes de su contingente, él no lo había “advertido”. Las tropas de Salcedo tenían apresados tres espías, sobre este asunto le recomendaban: “Registre esos tres espías no sea cosa que sean portadores de informes y otros documentos sediciosos”.⁵³

El 28 de noviembre el presidente Pepillo Salcedo recibía una queja de la coordinadora de gobierno en Santiago, indicando:

*Ayer recibió esta superioridad infinitas quejas del pueblo de Macorís a cuyo pueblo se presentó el Sr. Morín después de ser elevado en grado por Ud. y diciendo que obraba por sus órdenes, empezó a recoger gentes respetables de aquel comercio y aun empleados. Ya Ud. comprenderá, Gral. que disposición así no llevan el sello de madurez que deben llevar todos los actos del gobierno y que por consiguiente no pueden ser aceptados por usted. Ud. comprenderá lo mismo que nosotros.*⁵⁴

Se trataba de Julio Morín, quien desde el inicio de la anexión se había identificado como un fervoroso seguidor de ese proyecto, como se evidencia al aparecer su firma entre un grupo de ciudadanos que en fecha 17 de abril de 1861 desde Saint Thomas enviaron un manifiesto de adhesión a la anexión, también el 19 de mayo el mismo grupo, que se había trasladado a Santo Domingo publicaba

⁵³ A. García Lluberés, *op. cit.*, Núm. 112, pp. 503-505, 514 y Núm. 114, p. 92.

⁵⁴ *Ibid.*, Núm. 116, p. 159.

una comunicación en el periódico español *La Correspondencia* reafirmando su adhesión a la anexión y denunciando la inminente invasión de Cabral y Sánchez, imputándole paternidad haitiana. En el curso de la guerra se ubica como comandante del ejército insurgente en Matanzas.⁵⁵ La comunicación de noviembre de 1863 evidencia que desde ese período existían diferencias entre Pepillo y su gabinete por el manejo que el Presidente dispensaba favoreciendo a ciudadanos sospechosos de vinculaciones con el enemigo.

Constituía un tema primordial en las filas dominicanas los aprestos de los españoles por infiltrarlos y preparar un movimiento interno que aplastara la revolución. Estos oficios evidencian que era un peligro real, no un invento para denostar a Salcedo, quien nunca le prestó la importancia necesaria a este asunto. La propaganda española proclamaba una posible rendición de los insurgentes. Se acordó negociar para finalizar la guerra, pero seguían pretendiendo la claudicación de los rebeldes. El gobierno provisorio al margen de Salcedo emite un decreto contra los traidores en febrero de 1864: "El espía, el propagandista, el conquistador y propalador de noticias falsas y alarmantes que desempeñe comisiones, que no sea como parlamentos y en conformidad a los usos de la guerra, serán pasados por las armas".⁵⁶

En esa tónica fue apresado el señor Ambrosio García, imputado de traición a la patria, condenado a muerte el 17 de agosto. Desde la zona de Guayubín Salcedo se trasladó rápidamente a Santiago para evitar el fusilamiento de García. Salcedo era compadre del convicto de traición e impuso la suspensión del fusilamiento. Rodríguez Objío al comentar el asunto anotó las discrepancias en torno al particular entre Salcedo y su gabinete:

Prevenidos como se hallaban los ánimos y muy particular los prohombres de la Restauración, aquella clemencia de parte del Provisorio hubiera sido interpretada como complicidad; sabese por experiencia que la justicia revolucionaria se convierte en furor

⁵⁵ E. Rodríguez Demorizi, *Antecedentes de la anexión a España*, pp. 178, 435-436.

⁵⁶ E. Rodríguez Demorizi, *Actos y doctrinas del gobierno de la Restauración*, p. 94.

cuando se la detiene, y arrolla en su camino a los mismos que han servido bien la causa de la revolución. El Provisorio dejó pues a Salcedo en libertad de ejercer el perdón por sí solo, pero este quiso que todo el cuerpo cargase con la responsabilidad, en lo que no hubo medio de avenirse.⁵⁷

La pretensión del Presidente reclamando el apoyo de su gabinete a la decisión de perdonar a Ambrosio García fue el punto culminante de las disparidades del gabinete y el gobernante. De inmediato determinó la renuncia de los ministros, agravándose la atmósfera política ante la reiteración del accionar cuestionable de Salcedo. El 24 de agosto se produce la dimisión del gabinete:

Deseando los que suscriben, Miembros del Gobierno Provisorio de la República, no presentar embarazos de ninguna especie a la marcha de los negocios públicos, tienen el honor de poner en manos de V. E. la dimisión del cargo que la Nación les tenía conferido, y que creen haber desempeñado con la lealtad y patriotismo apetecibles.⁵⁸

Entre los renunciantes: Ulises Francisco Espaillat, Pablo Pujol, Julián Belisario Curiel, Máximo Grullón, Genaro Perpiñán y José María Glas. Salcedo los conminaba a permanecer en sus puestos hasta que recibieran órdenes de abandonarlos, de lo contrario podía imputarles la responsabilidad: “[...] cualquier detrimento, disturbio o resultado irregular e indebido que, por la circunstancia de haber abandonado sus puestos prematuramente, puedan sobrevenir y sobrevengan a la sociedad”.⁵⁹

Archambault, el mayor impugnador de Gaspar Polanco, refirió: “Recordemos que ya para ese tiempo las relaciones entre la mayor parte de los miembros del Gobierno Provisional y el general Pepillo Salcedo eran realmente tirantes”.⁶⁰

⁵⁷ M. Rodríguez Objío, *op. cit.*, pp. 182-183.

⁵⁸ E. Rodríguez Demorizi, *op. cit.*, p. 169.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 170.

⁶⁰ P. M. Archambault, *op. cit.*, p. 242.

La dirección patriótica había entrado en grave conflicto sin la menor participación del general Polanco, desde el mes de agosto a raíz de la dimisión del gabinete. Rodríguez Objío, testigo de estos acontecimientos, los sintetizaba diciendo: "Pasaban estos acontecimientos a mediados de Agosto de 1864 y desde entonces puede asegurarse que una fermentación sorda comenzó a minar el Gobierno de Salcedo".⁶¹

El general Rafael R. Rodríguez refirió que ante la crisis Salcedo convocó una reunión con personalidades y miembros del gobierno:

*En dicha reunión declaró lo cansado que se encontraba de las fatigas que el cargo le proporcionaba. Que él renunciaba la Presidencia para que otro más descansado y tan obligado como él dirigiera. Que él obedecería como un soldado; la mayoría protestó porque no veía al hombre que le sucediera; él insistía en la renuncia; entonces dijo Don Silverio Delmonte que era miembro del Gobierno, que llamaran a Chago Rodríguez que según se sabía había sido el hombre de la jornada de Capotillo. Algunos asintieron, pero Don Benigno F. de Rojas, enemigo personal de Chago, recusó. Entonces dijo el Presidente Salcedo que Don Silverio tenía razón, pero que el general Chago Rodríguez era un hombre sin salud, que ya tenía cartas de él en las que le avisaba que no había venido a verle porque estaba en cama, y opinó que llamasen a Buenaventura Báez, que era hombre de Gobierno, dijo el Presidente. Eso fue dicho entre los hombres del 7 de julio, con lo cual terminó la reunión en el mayor silencio y cada cual hizo su juicio.*⁶²

Sin dudas un sacrilegio político, la situación era muy crítica y Báez estaba con el enemigo, se conocían sus pretensiones de ser nombrado Capitán general de la colonia dominicana, no había más nada que hablar; se presentaban dos polos: el radical que persistía en la lucha hasta el final y el suspicaz que reclamaba la presencia de Báez en el gobierno. ¿Acaso se trataba de una reacción aislada de Salcedo? ¿No había mostrado coherencia en su apología a Báez?

⁶¹ M. Rodríguez Objío, *op. cit.*, p. 183.

⁶² P. M. Archambault, *op. cit.*, p. 244.

¿No era sospechosa su actitud complaciente frente al enemigo? Pedro M. Archambault, su panegirista, que conoció de cerca a importantes restauradores, admitió por lo menos como errónea la insistencia del Presidente con el caso de Báez:

Pero cuando los dioses quieren perder a un hombre le ciegan la razón y no se puede calificar sino como un acto de ligereza semejante proposición de candidatura ante los más comprometidos enemigos de Báez, de un hombre que ni siquiera había cumplido con el decreto del 12 de mayo 1864 que obligaba a todos los dominicanos residentes en el extranjero, a regresar a la patria a prestar sus servicios a la revolución santa. Buenaventura Báez en ese momento estaba en España luciendo la faja de mariscal de campo español y muy distante de la obra nacional de la Restauración.⁶³

José Gabriel García en sus "Cuadernos de apuntes" comentó que Salcedo envió al ciudadano Noel Henríquez para sondear la actitud de Báez frente a la anexión, pero que el comisionado no llegó a entregarle el informe ante su prematura muerte.⁶⁴ El historiador García comentó que no existían pruebas de que Salcedo llegara a entenderse con Báez. No obstante apuntó en sus comentarios que Báez contaba con Salcedo en sus planes para convertirse en jefe de la colonia dominicana: "Contando con que Salcedo se le sometería y con que Cabral y Aybar se le prestaran a ser instrumentos suyos en la pacificación del Sud y del Este, aspiró a la Capitanía General de Santo Domingo, que estuvo a punto de conseguir [...]"⁶⁵

El 20 de septiembre el Presidente emitió un decreto convocando una convención nacional para el 20 de noviembre en Santiago.⁶⁶

⁶³ *Ibíd.*, p. 245.

⁶⁴ Miscelánea histórica. -Extractos de los cuadernos de apuntes del historiador García-. Publicación y notas de Leonidas García Llubes, *Clío*, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, Núm. 92, C. T., 1952, p. 13.

⁶⁵ *Ibíd.*

⁶⁶ E. Rodríguez Demorizi, *Próceres de la Restauración. Noticias biográficas*, Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, 1963, p. 307.

La convocatoria resultaba imprudente sin antes aclarar cuál sería la proposición final del gobernante ante esta asamblea abierta. En medio de este ambiente de suspicacias y gran tensión, el Presidente decide iniciar negociaciones con el enemigo, con este propósito fue liberado un oficial hispano prisionero, el teniente coronel Velasco, el general José de la Gándara –entonces Capitán general de la colonia– explicó luego su reacción ante este acontecimiento: “Alentado con este primer éxito y con las buenas noticias que Velasco nos traía de la situación de los rebeldes, escribí a Pujols dándole gracias por la libertad de Velasco [...]”⁶⁷

¿Cuáles buenas noticias transmitió el oficial hispano al gobernador De la Gándara? Entre los aspectos que se conocen está el envío de una comisión para negociar el fin de la guerra, Salcedo proponía un punto equidistante entre las posiciones que ocupaban ambos bandos en Montecristi. De la Gándara expresó que rechazó este planteamiento y exigió que los comisionados fueran a su cuartel, lo que fue acatado.⁶⁸ Las negociaciones fracasaron estrepitosamente ante la prepotencia de De la Gándara, que en realidad no tenía poderes para negociar. Se advierte que los anexionistas amenazaban con una formidable expedición de 30,000 hombres que sería enviada para aplastar a los rebeldes, pero que se diluyó. En su libro, el altivo oficial español de nuevo deja entrever que ellos esperaban una reacción positiva de Salcedo, cuando transcribe un informe que dirigió al Ministro de guerra español: “Temo que el Gobierno rebelde, aun cuando tenga un gran deseo de hacer la paz, no tenga autoridad suficiente para hacerse obedecer de las turbas armadas”.⁶⁹

Esas “turbas armadas” estaban constituidas por el pueblo en armas, que desde ya estaba receloso ante las genuflexiones del Presidente frente al enemigo. El general restaurador Dionisio Troncoso escribió una ardua defensa de Salcedo, indicando que

⁶⁷ J. de la Gándara, *op. cit.*, p. 323. Pablo Pujols se desempeñó en el ámbito de las relaciones exteriores de los restauradores.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 324.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 328.

de modo falso fue acusado de recibir dádivas de De la Gándara, añadiendo:

Más tarde sus enemigos hicieron circular que Pepillo estaba en combinación con La Gándara para vender la revolución a España; que había recibido un gran regalo, y para mayor crimen, indujeron al general Gaspar Polanco, jefe del cantón general de Las Jabillas, a orillas del pueblo de Puerto Plata, hombre sencillo e ignorante, enemigo personal de Pepillo, para que encabezara un movimiento revolucionario desconociendo la Presidencia del general Salcedo y eligiéndose él –Gaspar– Presidente: con el Ministerio que Salcedo había depuesto poco tiempo antes!⁷⁰

Todos los indicios en pro y en contra giraban en torno a las supuestas o reales vinculaciones de Salcedo con Báez y el enemigo, era el tema en debate en aquellos instantes de grave incertidumbre. Luperón afirmó que los comisionados para negociar con de la Gándara también sospecharon de la lealtad de Salcedo –obviamente ellos no conocieron el informe de la Gándara– cuando sostiene que: “Esos mismos hombres que formaron la comisión fueron los primeros que acusaron a Pepillo Salcedo de tener peligrosas y pérfidas comunicaciones con La Gándara, y juntos con el General Gaspar Polanco desconocieron su gobierno [...]”⁷¹

En Madrid la prensa al servicio de la monarquía publicaba que se esperaba la rendición de los insurrectos dominicanos y el 29 de septiembre. En Santo Domingo los anexionistas realizaron manifestaciones callejeras celebrando la información de la “inminente” rendición de los insurrectos por decisión de Salcedo, sin dudas una especulación, pero contribuía a aumentar las sospechas sobre este personaje.⁷² Por todos los lados arrojaban leñas al fuego sote rrado que imputaba al Presidente algún nivel de connivencia con

⁷⁰ L. García Lluberes. *Crítica histórica*. Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, 1964, p. 352.

⁷¹ G. Luperón. *op. cit.*, p. 255.

⁷² E. Rodríguez Demorizi, *Actos y doctrinas de la guerra restauradora*, p. 189.

el enemigo. El capitán español Ramón González Tablas recriminó a la prensa española porque a raíz de las negociaciones pintó un aura de victoria, entendiendo que se preparaba la rendición de los dominicanos: "Cuando llegó a Cuba y a España la noticia de la comisión mandada por los enemigos a nuestro campo, empezó la prensa a comentarla, inventando a su antojo historias bien peregrinas [...]"⁷³

¿Hasta qué punto la prensa ministerial solo especulaba? Al margen de los rumores el Presidente había cometido el error de proclamar e insistir en el regreso de Báez, de evitar el fusilamiento de un convicto de traición, de mostrarse complaciente en las negociaciones con el enemigo, de enfrentar a su Gabinete y hacerse acompañar por un estado mayor compuesto por españolizados, en aquellos instantes que se cuestionaba su real fidelidad al movimiento rebelde, en aquellos momentos de precariedad política y militar estos cargos eran factibles para su desplazamiento de la presidencia. Con el respaldo mayoritario de los combatientes anti-anexionistas, en octubre Salcedo fue derrocado y reemplazado por Gaspar Polanco, el depuesto mandatario fue inculpaado de:

Perseverante siempre en la idea de anular los actos de sus colegas destruyó el Gobierno creado el 14 de septiembre de 1863 por elección popular, porque en uso de sus facultades había confirmado la sentencia de muerte que el Consejo de Guerra pronunció contra un traidor convicto y confeso, constituyéndose desde luego el General Salcedo en Dictador Supremo de la Nación sin consultar la voluntad de ella: creó arbitrariamente un Ministerio, y reasumiendo los derechos de un pueblo que pelea por su libertad, cerceñó esta, y desorientó la opinión nacional; pero su dictadura poco atenta a la administración de los negocios públicos, y absorbida toda en su personalidad, dejaba desmoronarse poco a poco la obra grandiosa del 16 de agosto [...]

⁷³ R. González Tablas, *op. cit.*, p. 296.

Reiteraban los temores de la entrega del glorioso movimiento patriótico:

Los actuales representantes del gobierno español que en vista de tantos desaciertos llegaron a concebir la posibilidad de una sorpresa diplomática y militar, iniciaron negociaciones de paz; y el General Salcedo, ansioso de ella, diputó una Comisión a Montecristi compuesta de los Generales A. Deetjen, Julián B. Curiel, Pablo Pujol, Pedro A. Pimentel y el Coronel Manuel Rodríguez Objío. Celebraronse algunas conferencias con el señor Teniente General don José de la Gándara, cuya malicia, sorprendida por la Comisión movió a esta a cortar las entabladas y regresó al campamento dominicano, dando el grito de alarma.⁷⁴

Emilio Rodríguez Demorizi al ponderar la decisiva agresividad patriótica de Polanco, las diversas acusaciones que pesaban sobre Salcedo, y las causas de su fusilamiento comentó: “[...] el receloso Gaspar Polanco, cuyo feroz nacionalismo contribuyó de modo principal al triunfo de la causa dominicana. Los crímenes no se justifican pero se explican”.⁷⁵

Con objetividad, Rodríguez Demorizi admite que las pruebas históricas explican el fusilamiento de Salcedo. Tras el derrocamiento se intentó desterrar a Salcedo por la vía de Haití, pero no fue posible, entonces el presidente Polanco ordenó su eliminación, es innegable. Este aspecto ha conducido a su virtual excomulgación como máximo prócer de la Guerra Restauradora. Actitud inconsecuente porque en realidad desde antes de asumir la presidencia y en este cargo fue la personalidad militar de mayor relieve en la conducción de la guerra. Sobre Salcedo recaían graves sospechas de lenidad y/o connivencia con el enemigo, tras su muerte las acciones de guerra fueron intensificadas y los españoles no volvieron a pensar en la rendición de los dominicanos, sino que empezaron a discutir en Madrid la salida

⁷⁴ E. Rodríguez Demorizi, *op. cit.*, pp. 190-191.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 189.

“honrosa” de sus tropas, para que no se entendiera que habían sido derrotados. Se conoce que Bolívar ordenó un consejo de guerra que condenó a muerte al general Manuel Piar, un héroe, que había cometido graves actos de indisciplina, por esto nadie se ha atrevido a solicitar se invalide el título de Libertador a Bolívar. En nuestro medio la necesidad coyuntural de sacrificar a Salcedo ha sido considerada un crimen de lesa patria, se ha estimado la vida de Salcedo más importante que preservar la estabilidad del movimiento insurgente.

Veamos el enfoque del caso otorgado por los servidores de la monarquía española, lejos de las festividades que sostenían con relación a la pretendida rendición de los rebeldes dominicanos, la tónica predominante fue la de duelo y tragedia con la muerte de Salcedo y el ascenso de Polanco, José de la Gándara nos dice:

[...] los comisionados que estuvieron en mi campo se entendieron con los intransigentes y con Gaspar Polanco, que mandaba las fuerzas insurrectas cerca de Puerto Plata, para dar un golpe y suplantar violentamente a Salcedo, presentándole como traidor que había querido hacer la paz con los españoles. El 10 de Octubre se dio el grito en Santiago, y, preso el infeliz Salcedo con aquellos generales más hombres de bien que no habían entrado en la conjuración, fue Polanco electo Presidente del Gobierno Provisional y dio entrada en el nuevo ministerio a tres de los infieles comisionados, Pujol entre ellos. Salcedo fue la víctima entregada por éstos para salvar su responsabilidad y acaso sus cabezas.⁷⁶

Ramón González Tablas también arremete contra Polanco y se convierte en apologista de Salcedo, al igual que De la Gándara coloca la crisis con los comisionados como el punto central del cambio de gobierno entre los revolucionarios:

Se supo que al retirarse de nuestro campo los enviados, les esperaba en aquel punto el Presidente de la República, con el general

⁷⁶ J. de la Gándara, *op. cit.*, pp. 336-337.

en jefe dominicano, Gaspar Polanco. Que habiendo expuesto en una reunión las concesiones que en nombre de la reina hacía el General Gándara a los sublevados que depusieran las armas, y después de oídos los diversos pareceres, Polanco, que conspiraba en unión de Pujol y Pimentel, dio un golpe de Estado, reduciendo a prisión a Salcedo y a otros de los que sostenían la idea de pacificación.⁷⁷

Adriano López Morillo anotó su versión desde el seno de su presidio en Santiago:

La mayor parte de los habitantes del Cibao, recibieron con estupor e inmenso disgusto la noticia del triunfo de Polanco y la caída del bondadoso y leal Salcedo. La muerte de este arrancó gritos de dolor y espanto lo mismo que en sus amigos que en los indiferentes o neutros. Desde aquel día nadie se sintió seguro [...]

En otro párrafo participaba el temor que sentían con el advenimiento al poder de Polanco:

Entre nosotros los prisioneros se produjo un verdadero pánico cuando se supo la caída de Salcedo. Auras de paz y libertad habían llegado hasta nosotros con la ida de la comisión dominicana a Montecristi, pero el triunfo de Polanco nos reintegraba a la desesperante situación que hacía más de un año sufríamos, y volviendo a los antiguos peligros para nuestra vida.

En los tres meses que Polanco ejerció el poder, propuso varias veces un sistema policíaco conforme al de los antiguos tiempos de la República, con sus persecuciones, prisiones y cadalsos, pero debo consignar en honor a sus ministros que éstos hicieron constante obstrucción a los bárbaros propósitos de Polanco. ¿Por qué también no defendieron la vida de Salcedo? Es verdad que no podían evitar los fusilamientos que en los cantones tenían lugar

⁷⁷ R. González Tablas, *op. cit.*, p. 293.

*y que clandestinamente llevaban a cabo el Chivo, Borbón y otros verdugos y esbirros de Polanco.*⁷⁸

Es sintomático que todas las opiniones de los voceros coloniales destaquen las bondades de Salcedo y los “horrores” de Polanco. ¿Presentan pruebas de torturas ordenadas por Polanco? ¿Acaso no constituyeron horror los fusilamientos sumarios de dominicanos como Sánchez y el poeta Perdomo por parte de los anexionistas? El enemigo de modo unánime insistió en caracterizar como “cruel” a Polanco, recordemos se trataba de un conflicto bélico, desde el ámbito de la guerra –que es un monstruo de destrucción y matanza– esto refleja la posición consecuente de Polanco frente al enemigo. Lo incorrecto es que desde el plano dominicano se coincida con la posición de los anexionistas. Desde la óptica de los insurgentes dominicanos resalta la opinión de Benito Monción, quien rechazó posibles vínculos de Salcedo con el enemigo:

*[...] no creo que el desgraciado general Pepillo Salcedo –Q.E.G.S.– fuese culpable, como se le acusó sin probárselo, de manejos indignos a favor de los españoles; ese cargo a tan valiente jefe y buen servidor de la Patria, puede atribuirse: a algún mal entendido o quizás a intrigas políticas.*⁷⁹

En realidad Salcedo no fue acusado oficialmente de traición, sobre su personalidad se acentuó su bajo perfil ante las presiones políticas del enemigo, su insistencia con la entrega del poder al mariscal de campo Buenaventura Báez, sus diferencias con el sector más celoso con el mantenimiento de la guerra patriótica hasta la victoria, que era su propio gabinete. No obstante, con su defensa, Monción acepta la existencia de “algún mal entendido”. ¿Cuál mal entendido? Se entiende se barajó el tema de la lenidad o connivencia de Salcedo con el enemigo. Luperón obviando circunloquios colocó de modo claro ante la historia que los reaccionarios pretendían liquidar desde adentro la

⁷⁸ A. López Morillo, *op. cit.*, tomo III, pp. 156-157.

⁷⁹ B. Monción, *op. cit.*, p. 39.

revolución y que la gran cortapisa fue el gobierno de Polanco, cuando comentó:

El advenimiento del General Gaspar Polanco al poder, fue un suceso, sin la menor duda, de la mayor importancia, porque fue un golpe mortal para los reaccionarios, que desde algún tiempo trabajaban con la mayor actividad para fomentar la reacción, y mucho más terrible para los españoles que, contando con aquella, lo consideraban como un gran desastre, y en realidad lo era para las secretas combinaciones de los dominadores.⁸⁰

Sin ambages con la lucidez y honestidad que lo caracterizó deja bien claro que existía un movimiento conspirativo contra la revolución que fue abortado con el ascenso al poder de Polanco. Lo cierto es que a partir de este instante la revolución arreció su ímpetu bélico en todos los frentes, y jamás se trató el tema de la posible rendición. Manuel Rodríguez Objío, desde un punto de vista más restringido, también admite que existía una conspiración contra el movimiento insurgente:

Al sucumbir Salcedo bajo la cuchilla de la sospecha, los verdaderos culpables temblaron amedrentados en el seno de sus traidores conciliábulos, y las intrigas de los reaccionarios fueron desapareciendo, hasta dejar el campo libre a los patriotas. Los enemigos de la Patria ya no creyeron poder a mansalva conspirar contra ella, puesto que Salcedo, hombre de la Restauración, personaje eminente, no había tenido el derecho de ser benigno o indiferente para con ellos. Es decir: la muerte de Salcedo cortó para siempre la serie de complots reaccionarios que tanto habían contrariado la marcha de la Revolución.⁸¹

Pese a las indulgencias sobre Salcedo que proclama Rodríguez Objío, admite se fraguaba una conspiración contrarrevolucionaria,

⁸⁰ G. Luperón, *op. cit.*, p. 258.

⁸¹ M. Rodríguez Objío, *op. cit.*, p. 220.

que se amparaba lamentablemente en las debilidades de este régimen. A partir de entonces la revolución avanzó en todos los frentes,

Rodríguez Objío, que ocupaba el Ministerio de Relaciones Exteriores, le envió un oficio a Juan Pablo Duarte manifestándole:

Hoy, que el nuevo gobierno es verdaderamente revolucionario, según lo demanda el estado actual de cosas, el triunfo de la causa nacional se hace más infalible, porque la marcha de los acontecimientos deberá [ser] más rápida y enérgica.⁸²

Duarte conoció de cerca la reticencia de Salcedo con todo lo que se identificaba con las posiciones radicales dentro de la resistencia anti-colonial, por lo tanto muy rápido comprende la nueva realidad. También le informaron la actitud inflexible del gobierno contra todo intento de sedición, el Padre de la Patria refrendó la política gubernamental contra los traidores:

Por la nota del 26 de octubre No. 10, quedó impuesto de las razones del Gobierno respecto de su conducta con los traidores, y no puedo menos que decir a usted que mientras no se escarmienten a los traidores como se debe, los buenos y verdaderos dominicanos serán siempre víctimas de sus maquinaciones: el Gobierno debe mostrarse justo y enérgico en las presentes circunstancias o no tendremos Patria y por consiguiente ni libertad ni independencia nacional.⁸³

Cabe señalar que los cuatro integrantes de la expedición que dirigió Duarte para incorporarse a la guerra –su integración fue frustrada por Salcedo– se adhirieron al gobierno de Polanco.

El 22 de octubre el nuevo gobierno emitía una proclama reiterando el compromiso de mantener el combate hasta el final e informando

⁸² E. Rodríguez Demorizi, C. Larrazábal Blanco y Vetilio Alfau Durán (editores), *Apuntes de Rosa Duarte. Archivo y versos de Juan Pablo Duarte*, Instituto Duarteano, Santo Domingo, 1970, p. 246.

⁸³ *Ibid.*, pp. 259-260.

que la supuesta expedición militar de 30,000 soldados que se anunciaba desde España se había desvanecido, a propósito de la proclama Rodríguez Objío manifestó:

Y en efecto no eran éstas vanas fanfarronadas ni falsas promesas. La revolución había despertado. Nombráronse comisiones militares para organizar el ejército, dándole un ligero barniz de disciplina. Se crearon los antiguos cuerpos y dióse forma al servicio. Restablecióse la Ley de Estado Mayores; regularizándose los ascensos, y dictáronse todas las providencias tendientes a la dotación de una milicia regular[...]⁸⁴

El nuevo ímpetu guerrero no se detenía, en noviembre de 1864 José María Cabral anunciaba un contundente golpe a los anexionistas en las proximidades de Azua:

El valeroso General Eusebio Manzueta ha destruido completamente las fuerzas enemigas que la guarnecían, y un batallón que salió de Azua a reforzarlas ha entrado en Santo Domingo por el camino vergonzoso de la fuga con trescientas bajas por trofeo.⁸⁵

En diciembre el gobierno de Polanco anunciaba la toma de Hato Mayor y luego de El Seibo. Polanco emitió una proclama a los dominicanos llamando a continuar la lucha: "Cibaños: En todas partes se levantan héroes que ilustran la causa nacional: de todas partes recibe el Gobierno nuevas de triunfos que deben enorgulleceros y estimular vuestro patriotismo"⁸⁶.

El general Manuel María Castillo, jefe de operaciones en San Cristóbal, también lanzaba un manifiesto convocando a los banilejos a secundar la revolución –que había confrontado graves dificultades en esta zona– ante su empuje, los llamaba a seguir la actitud

⁸⁴ M. Rodríguez Objío, *op. cit.*, p. 221.

⁸⁵ E. Rodríguez Demorizi, *op. cit.*, p. 222.

⁸⁶ *Ibíd.*, pp. 236, 246.

de los seibanos.⁸⁷ Veamos las contundentes declaraciones de Gregorio Luperón y Manuel Rodríguez Objío, en torno al avance de la revolución durante el mandato de Polanco. Luperón anotó para la historia:

El General Gaspar Polanco y los esclarecidos patriotas que le acompañaban en su Gobierno, significaban en aquellos momentos de grandes inquietudes, más que un simple cambio de Gobierno. Eran la renovación formal de la declaratoria de guerra a todo trance, sin transición ni transferencia poderosa de la revolución, levantada de nuevo, con la energía de un gigante que no podía más que luchar y vencer a los enemigos de su independencia; que venía con verdadero vigor a revivir el ánimo nacional, angustiado por tantos reveses, debido a una mala dirección del movimiento iniciado tan felizmente el 16 de Agosto, y a vivificar el deseo de llegar a la fórmula de la revolución, que era la independencia definitiva de la patria.

El pueblo saludó con entusiasmo indescriptible al nuevo Gobierno, y le brindó su apoyo, mientras que en los campamentos realistas causaba duelo general, porque era menos hacedera la empeñada misión de La Gándara en su vanidosa pretensión de contrarrestar el adelanto de la revolución, fomentando la reacción que él debía apoyar contra el pueblo que cumplía con su deber. Se hizo extremadamente difícil la comedia develada de sus siniestras maquinaciones tramadas con Salcedo, porque con Gaspar se trazaba una línea divisoria entre ambos combatientes, que contribuyó poderosamente a restablecer el prestigio perdido de la revolución y a hacer infructuosas todas las sugerencias de La Gándara, y las aviesas propagandas de los reaccionarios que al abrigo de Salcedo conspiraban abiertamente contra la revolución.⁸⁸

¿Elucubraba Luperón? La confirmación de sus comentarios la ofreció el propio José de la Gándara y sus compañeros militares

⁸⁷ *Ibid.*, p. 253.

⁸⁸ G. Luperón, *op. cit.*, pp. 258-259.

escritores que condenaron con acritud al nuevo gobierno, mientras se convirtieron en panegiristas del destituido régimen de Salcedo.

Manuel Rodríguez Objío también ratificó los avances militares definitivos en este periodo: “La revolución estacionada empezó a desentumecerse, y su marcha desde entonces fue cierta y progresiva”.⁸⁹

En otro apartado Rodríguez Objío sentenció ante la historia que el régimen: “[...] de Polanco representaba el más puro nacionalismo”.⁹⁰

Rodríguez Objío sentenció en sus *Relaciones*: “Polanco audaz, enérgico hasta la tiranía, activo, intransigente, era la espada revolucionaria que amenazaba sin cesar a los traidores y contenía en sus límites al enemigo; dispuesta siempre a ejecutar las patrióticas resoluciones de sus colegas [...]”⁹¹

Desde la posición del enemigo el general José de la Gándara admitía a regañadientes el avance de la revolución tras la toma del poder por parte de Polanco: “Los intransigentes habían triunfado en el campo insurrecto. Hombres de la calidad de el Chivo y Monción se hallaban al frente de las tropas dominicanas, envalentonadas con las noticias que había producido el triunfo de Polanco”.⁹²

Contrario a la opinión de la Gándara lo que se requería precisamente era que las tropas dominicanas se envalentonaran y rechazaran el aura negativa que presagiaba una rendición bajo la tutela de Salcedo, por lo tanto se evidencia que Polanco estaba cumpliendo correctamente su rol de timonel. López Morillo imputa a Polanco una sed de querer fusilar a todos los sospechosos de españolismo o amigos de Salcedo, “denunciando” que: “El espíritu inquisitorial y policíaco del feroz Polanco se revelaba a cada paso[...]”.⁹³

Ramón González Tablas también refleja la consternación que produjo a las tropas anexionistas la instalación de Polanco en el solio presidencial insurrecto: “Cuando se hizo público en el campamento de Monte-Christi el advenimiento de Polanco, con todos los pormenores

⁸⁹ M. Rodríguez Objío, *op. cit.*, p. 220.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 234.

⁹¹ M. Rodríguez Objío, *Relaciones*, Archivo General de la Nación, C. T. 1951, p. 82.

⁹² J. de la Gándara, *op. cit.*, p. 345.

⁹³ A. López Morillo, *op. cit.*, p. 161.

de la prisión de nuestro flamante amigo Pepillo y la subida al poder de los que habían llegado a nuestras tiendas pidiendo algunas garantías personales para deponer las armas, creímos ver un arranque de justa indignación en nuestro general en jefe, y ya suponíamos que se levantarían tiendas y marcharíamos a Santiago a castigar tanta perfidia [...]”⁹⁴

El oficial hispano pretendió endilgar a los comisionados dominicanos la actitud de procurar la rendición, algo absurdo porque fueron éstos quienes advirtieron esta posibilidad previo al golpe de Estado de Polanco. Sin duda la oficialidad española se encargó de aclarar ante la historia que su gran adversario fue el generalísimo Gaspar Polanco. José Gabriel García cronista de estos acontecimientos, tras analizar los criterios de la oficialidad española, estimó que:

*Estos procedimientos, unido a las sospechas que autorizaban de que el general Salcedo hubiera contraído en sus negociaciones compromisos de que no pudiera retroceder, dio motivo para que el 10 de octubre se reunieran en el fuerte San Luis, de Santiago de los Caballeros, a excitación del general Gaspar Polanco, los hombres más importantes de la revolución, y levantaran una acta desconociendo en absoluto su autoridad.*⁹⁵

Cuando se discurre sobre posibles connivencias con el enemigo siempre se menciona a Salcedo, ya sea como sospechoso o cómplice. Pedro M. Archambault imputó a Polanco el cargo de estorbo desde la presidencia, aunque admitía que: “La guerra sin embargo devenía cada vez más favorable en las regiones del Sur y del Este”.⁹⁶

Refiriéndose a este lapso, Rodríguez Objío nos dice: “Después de esta época el enemigo fortificado en varios puntos del litoral no volvió a abrir campaña permaneciendo en estado hasta recibir de España la orden de desocupación [...] El tiempo de acometer la lucha diplomática había llegado sin duda”.⁹⁷

⁹⁴ R. González Tablas, *op. cit.*, p. 314.

⁹⁵ J. Gabriel García, *op. cit.*, pp. 484-485.

⁹⁶ P. M. Archambault, *op. cit.*, p. 208.

⁹⁷ M. Rodríguez Objío, *op. cit.*, p. 119.

El rostro de la guerra cambió su fisonomía de modo radical con el mandato de Polanco, el tema de debate en Santo Domingo y España ya no era la posible rendición de los dominicanos, sino la retirada en condiciones “honorable” de los anexionistas. Los españoles comprendieron que entonces no era posible reducir a los insurgentes. El gobierno dominicano a través del régimen haitiano solicitó a España de modo formal el cese de la anexión desde una posición verdaderamente respetuosa en medio de la adversidad. El 7 de enero de 1865 el gobierno español presentaba un proyecto de ley que derogaba la anexión de Santo Domingo.⁹⁸ Desde diciembre existía un virtual cese de las hostilidades. Veamos la opinión sobre el particular del combatiente Manuel Rodríguez Objío: “Quede pues sentado que la guerra dominico-española terminó de hecho en Diciembre de 1864”.⁹⁹

El triunfo no tardaría en llegar. De modo aciago ante la inminente victoria, el oportunismo se hizo presente y Pedro Antonio Pimentel procedió a realizar un golpe de Estado, alegando que desplazaba a Polanco por la muerte de Salcedo, obviando su coparticipación en este suceso. Este régimen aprovechando la tregua virtual, desató una cacería de brujas contra los principales miembros del régimen derrocado. Decidió dedicar su tiempo a perseguir adversarios internos, porque prácticamente la guerra había concluido solo se esperaba el anuncio oficial que llegó de improviso y se concretizó el 11 de julio, cuando los españoles abandonaron el último punto donde se habían concentrado que era Santo Domingo. Las tropas dominicanas del Sur bajo la dirección de José María Cabral y Eusebio Manzueta entraron a Santo Domingo y varias semanas después desconocieron el gobierno impopular de Pimentel.

El balance general de los acontecimientos nos indica que la espada flamígera y la acción intransigente de Gaspar Polanco fueron preponderantes para el triunfo de los dominicanos durante la guerra. De modo lamentable por años se ha impuesto una conjura histórica

⁹⁸ Eduardo González Calleja y Antonio Fontecha Pedraza, *Una cuestión de honor. La polémica sobre la anexión de Santo Domingo (1861-1865)*, Fundación García Arévalo, Santo Domingo, 2005, p. 179.

⁹⁹ M. Rodríguez Objío, *op. cit.*, p. 120.

a cargo de la historiografía tradicional y los cronistas militares españoles, desterrando al héroe de su jerarquía adquirida en los campos de batalla como máximo líder de la histórica epopeya. Aunque sea tardío: ¡LA HISTORIA LO ABSOLVERÁ!

A GUISA DE CONCLUSIÓN

Desde el principio de la Guerra Restauradora hasta el final, Gaspar Polanco fue la espada que trazó los principales proyectos ofensivos contra el ejército colonial español.

Pepillo Salcedo se convirtió en una retranca para el desarrollo de la República en armas, hasta el extremo que la estrategia lanzada por los españoles era promover la inminente rendición del movimiento.

Tras el ascenso de Gaspar Polanco y la reactivación de todos los frentes de combate, el colonialismo español se convenció que era imposible vencer a los insurrectos, entonces empezó la negociación para su salida de modo "honroso".

Gaspar Polanco es la figura central de la Guerra Restauradora.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Archambault, Pedro M. *Historia de la Restauración*. Editora Taller, Segunda edición, Santo Domingo, 1973.
- Gándara, José de la. *Anexión y guerra de Santo Domingo*. Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc., Santo Domingo, 1975.
- García, José Gabriel. *Compendio de la Historia de Santo Domingo*. Publicaciones Ahora, Santo Domingo, 1968, tomo III, p. 427.
- García Lluberes, Alcides. "Archivo de la Restauración", *Clío*, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, C. T., 1957, Núm. 112.
- _____. *Duarte y otros temas*. Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, 1971.
- García Lluberes, Leonidas. *Crítica histórica*. Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, 1964.

- González Calleja, Eduardo y Antonio Fontecha Pedraza. *Una cuestión de honor. La polémica sobre la anexión de Santo Domingo (1861-1865)*. Fundación García Arévalo, Santo Domingo, 2005.
- González Tablas, Ramón. *Historia de la dominación y última guerra de España en Santo Domingo*. Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc., Santo Domingo, 1974.
- López Morillo, Adriano. *Memorias sobre la reincorporación de Santo Domingo a España*. Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc., Santo Domingo, 1983.
- Luperón, Gregorio. *Notas autobiográficas y apuntes históricos*. Editorial El Diario, Segunda edición, Santiago, 1939.
- "Miscelánea histórica. (Extractos de los cuadernos de apuntes del historiador García)". Publicación y notas de Leonidas García Lluberes. *Clío*, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, C. T., 1952.
- Monción, Benito. "De Capotillo a Santiago", *Clío*, C. T., Núm. 81, 1948.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Hojas de servicios del ejército dominicano 1844-1865*. Academia Dominicana de la Historia. Santo Domingo, 1976.
- _____. *Antecedentes de la anexión a España*. Academia Dominicana de la Historia, C. T., 1955.
- _____. *Actos y doctrinas del gobierno de la Restauración*. Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, 1963.
- _____. *Diarios de la Guerra Dominico-Española de 1863-1865*. Homenaje de las Fuerzas Armadas, Editora del Caribe, C. por A., Santo Domingo, 1963.
- _____. *Próceres de la Restauración. Noticias biográficas*. Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, 1963.
- _____. *Santana y los poetas de su tiempo*. Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, 1969.
- Rodríguez Demorizi, Emilio, Carlos Larrazábal Blanco y Vetilio Alfau Durán (editores). *Apuntes de Rosa Duarte. Archivo y versos de Juan Pablo Duarte*. Instituto Duartiano, Santo Domingo, 1970.
- Rodríguez Objío, Manuel. *Gregorio Luperón e Historia de la Restauración*. Editorial El Diario, Santiago, 1939.